

Una pregunta puede asaltar a quien escucha hablar de esta exposición: ¿por qué la pintora elige representar objetos tan disímiles? ¿qué tienen en común la flor y el torero?

¿A dónde ha fijado la artista su mirada interior para que el deseo de pintar la lleve a escoger como personajes de sus representaciones a vegetales inmóviles y a toreros, tan distintos por lógica elemental los unos de los otros?

La pregunta que se puede formular de oídas tiene una inmediata respuesta para el espectador de estos cuadros. En las representaciones de Beatriz Simón, los toreros crecen desde el tallo de una espada y las flores se abren alimentadas por el tronco de una común violencia. Flores y toreros comulgan del mismo corazón, beben la misma sangre-fluido. Las flores y los toros mueren con la misma intensidad. Las flores no son vegetales, como los toreros no son matadores, sino figurantes del mismo juego.

A todos los cuadros los recorre una alegre muerte. Las flores cortadas, a punto de morir, se incorporan a la fiesta del toro que fallece y el torero que celebra el rito del arte taurino.

El trazo del pincel de Beatriz Simón llena de una veloz ternura al torero y entrega a la flor un movimiento como de vena y sangre. Pintar es para ella un acto corporal irresistible, una respiración agitada, un jadeo de insectos. La naturaleza vuelve a hacerse dueña del orden de las cosas y de los hombres. El traje del torero, la mesa en que reposa la flor también están insufladas por esta respiración natural y femenina, espontánea y jubilosa. El torero y la flor son la misma fiesta, una fiesta de alegría casi infantil, melancólica, y un poco estruendosa.

Beatriz Simón hace que los últimos minutos de la flor cortada y los últimos de vida del enorme toro entonen el mismo canto. De este canto saca color, forzándolo al espejo de la vida, como si la muerte que está por venir no pudiera llegar nunca, como si la forma sobre el lienzo los volviera eternos. De esta extraña manera, sus lienzos son un homenaje a la vida y un desconocimiento casi animal, casi vegetal, de la muerte. La flor y el torero inmortales mueren y son vida en el color, vida estallando en chispas, vida mirando con sorna a la muerte.

Carmen Boulosa